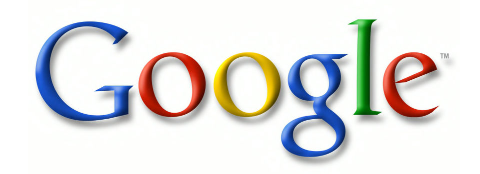
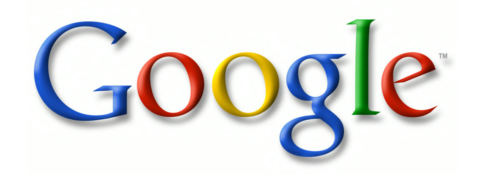
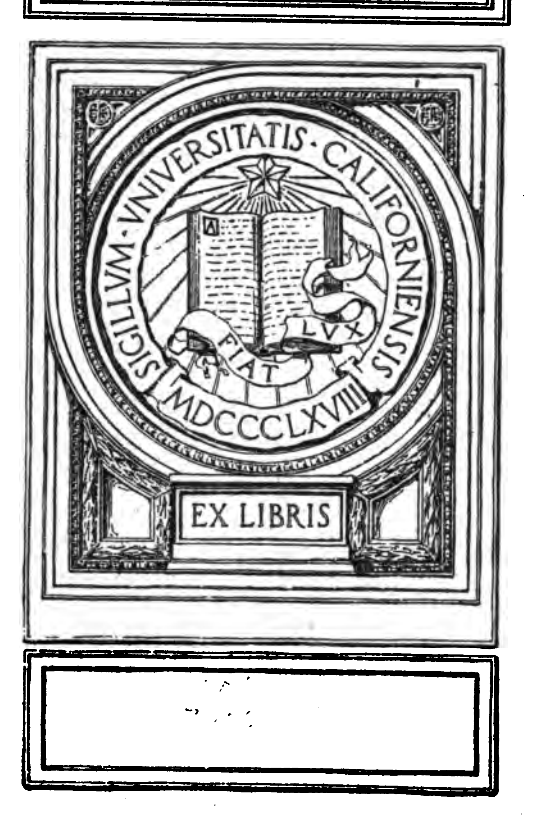




Real Academia Española.



Don Manuel Tamayo y Baus.


SIGILLVM · VNIVERSITATIS · CALIFORNIENSIS
LVX
FIAT
MDCCCLXVIII
EX LIBRIS

DISCURSOS

LEIDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA ESPAÑOLA,

EN LA RECEPCION PÚBLICA

DE

DON MANUEL TAMAYO Y BAUS,

el dia 12 de junio de 1859.

MADRID,
IMPRENTA Y ESTEREOTIPIA DE M. RIVADENEYRA,
calle de la Madera, número 8.

1859.

DISCURSO

DE

DON MANUEL TAMAYO Y BAUS.

SEÑORES:

AL presentarme ante la Real Academia Española, en ocasion que es y ha de ser de toda mi vida pública la más alta y solemne, en vano pido consejo á la fria razon, ayuda y fuerza á lo imperioso de las circunstancias. Dueños son de mi ánimo desapoderados afectos, que léjos de calmarse á merced de la voluntad, reciben mayor ímpetu del mismo afan con que me empeño en dominarlos. ¿Yo á vuestro lado en este sitio? ¿Yo al igual de sábios y beneméritos? ¿Yo compañero de hombres en dilatada carrera gloriosamente encanecidos?

Y si en el puesto que vengo á ocupar me figuro ver todavía al digno académico D. Juan Gonzalez Cabo-Reluz, un tiempo docto maestro de nuestra augusta soberana; teólogo y literato, por su ancianidad venerable, sagrado por su carácter sacerdotal, ¿cómo no retroceder con miedo? ¿Cómo dudar que no debí nunca poner la mira en cosa tan alta? Confiésolo ingénuamente. Me infundió temerarios alientos el no libre juicio de apasionados amigos que desde este recinto cariñosamente me llamaban á sí; en lo íntimo del corazon aguijoneábame tenaz deseo, nacido en mí con el amor de las letras; no fuí poderoso á resistir la influencia de un siglo en que nadie sabe esperar; y dí aturdido un paso de que muy luego habia

de arrepentirme, bien así como el que á ciegas acomete ilícita aventura, y vuelto en su acuerdo, ve con dolor y pasmo cerrado para la huida el camino por donde llegó sin tropiezo á la culpa. Pero á vosotros, que pudísteis escarmentar mi osadía, ¿qué eficaz, qué hidalgo impulso os movió á superarla con vuestra benevolencia? Os dolia, como afables y compasivos, destruir ilusiones de mozo; y en cabeza de uno que os demandaba merced, determinásteis dar insigne testimonio de amor á cuantos rinden hoy fervoroso culto á las letras. Sabíais mi buen deseo; y como antes que acertar descreidos, quereis errar confiando, vosotros hicísteis estímulo para quien nada vale, de lo que fué á hombres ilustres apetecida recompensa. Fuerte obligacion me imponeis, si ha de ajustarse mi gratitud á la grandeza del favor recibido. Mas no son, á Dios gracias, en mí los ánimos tan escasos como los merecimientos; y si debiendo duerme el mal pagador, al contrario el hombre de bien, que vela y paga.

Conformes han estado, á fe, en cuanto acabo de deciros mis labios y mi corazon: jamás con la palabra supe hacer traicion á mis sentimientos; ni ahora habia de faltar á la verdad, cuando cabalmente sostenerla y aclamarla en una de sus manifestaciones, ha de ser objeto de mi discurso.

Deseoso de exponerme al riesgo menor ocupándome en el exámen de cuestiones que no sean del todo nuevas para mí, voy, Señores, á tratar de la verdad, considerada como fuente de belleza en la literatura dramática.

Nadie habrá que niegue ser el hallazgo de lo verdadero, no solo el fin más digno á que aspira nuestro entendimiento, sino tambien necesidad imperiosa á que obedece en todas sus operaciones. Ni toca más á la ciencia que inquirir y demostrar la verdad como hecho positivo, ni más que analizarla como pura abstraccion á la filosofía, ni más que representarla como

realidad sensible á las artes en general; bien que no todas cumplan de idéntico modo, ni con la misma amplitud, este fin. Pero aun cuando se conviniese en que de manera alguna pueden cumplirlo aquellas que, como la arquitectura y la música, no toman de lo real y verdadero sino elementos informes,— de aquí no habria de deducirse que tampoco deban imitar á la naturaleza otras que de ella reciben formas hechas, digámoslo así, tales como la escultura, la pintura y la poesía. Y de la propia suerte que esta última se alza soberana de todas, en fuerza de ser la que valida del omnímodo instrumento de la palabra, llega á la más precisa y ámplia manifestacion del mundo moral,—por igual causa, entre sus diferentes géneros, descuella victorioso el dramático. Primero canta la poesía los afectos del alma; narra despues la varia fortuna del héroe; representa al cabo la persona íntegra y viva, pasando así de la lírica á la épica, y de la épica á la dramática, término y corona de sus afanes. Aquí bórrase y desaparece la personalidad del autor; libre aquí el ente imaginario del yugo de ajena voluntad, y en pleno goce de la suya, por sí obra, por sí habla, él solo se da á conocer; llegando en la representacion escénica á tomar carne real y efectiva, con lo cual viene á ser instrumento del arte la naturaleza. Ved pues, Señores, lo que únicamente aspiro á demostrar: que esta criatura facticia, para ser bella, ha de estar formada á imágen y semejanza de la criatura viviente.

Si no á imitarla ó reproducirla, ¿á qué otro objeto superior pudiera aspirar el ingenio? ¿Acaso á crear un nuevo mundo? Creador no hay más que Dios. Cierto que lo que especialmente distingue al hombre como ser inmortal y de celeste origen, es su eterno aspirar á otra vida mejor, móvil íntimo y secreto de sus entrañas que sin término lo empuja hácia arriba: y de aquí su facultad innata de referir lo relativo á lo

absoluto, con cuya propension jamás alcanzará en el campo de las realidades satisfaccion completa. Pero este infinito *mas allá* concebido por una esencia infinita, no es sino presentimiento y esperanza, tipo espiritual extraño á forma alguna, idea pura, en fin, incapaz de convertirse en imágen sensible. Si el humano en la tierra no encuentra puerto de descanso para su anhelo insaciable, confúndese al propio tiempo, y ante el espectáculo de la creacion se anonada, hallándose impotente para imaginar cómo esta podria ser más bella y sublime. A vista del sol, por ejemplo, y contemplando los extremos del amor paternal, la mente se remontará en busca de una belleza superior, pero sin representarse otro sol ni otro amor de padre más excelentes y hermosos. Sentimos esta inmutable propension, justamente porque no está en lo posible realizarla, porque para concebir la idea absoluta de lo bello, verdadero y bueno, el alma no se figura una escala de séres fantásticos progresivamente más perfectos, sino que desde sí propia vuela inspirada hácia lo infinito, sin poder alcanzarlo nunca mientras permanece ligada á la tierra. Infundiendo el poema dramático al modo que el espectáculo de la vida esta misma aspiracion, cumplirá su fin supremo; querer revestirla de formas postizas y contrahechas, será siempre sueño y delirio. ¿En qué obra inventó nunca el ingenio figura más admirable que el hombre como amigo, amante, esposo, padre, héroe ó santo, animado de la alegría ó del dolor, en cualquiera situacion de la vida moral?

Pero entiéndase bien que al hablar de realidad, considero comprendidos juntamente en ella la materia y el espíritu, lo visible y lo invisible; apreciándola, no como esos séres degenerados hasta el punto de parecer criaturas intermedias del hombre y el bruto, sino tal como se muestra á los ojos del hombre en quien el bruto no haya dominado al ángel. Y no se

olvide tampoco que el mundo y la esfera de la dramática son cosas del todo diferentes. A no poder representarse en la ficcion escénica más que sucesos positivamente acaecidos, sin alterarlos de manera ninguna; si un personaje cualquiera no hubiese de poder hacer ni decir sino lo que hubiese hecho y dicho en la vida, ni hablar más que en prosa incorrecta como habla la gente, ni siquiera usar otro idioma, que el suyo natural, —el arte y la realidad serian lo mismo, ó antes bien el primero no existiria. Nadie, al sustentar que debe ser verdadero, ha querido nunca dar á entender semejante absurdo. El arte, pues, no copia maquinalmente lo real: inventa lo verosímil, con libérrima accion.

Ni todo lo que es verdad en el mundo cabe en el teatro. La ficcion escénica, dejará de ser bella y pecará además de falsa, cuando represente lo raro y no lo natural, la excepcion y no la regla; en lugar de caractéres, caricaturas; mónstruos, en lugar de hombres apasionados; cuando pinte con minuciosa exactitud, antes que los del alma, los movimientos de la carne, ahogando, por decirlo así, el espíritu en la materia; cuando léjos de reproducir solamente lo más acendrado, esencial y poético de la naturaleza, tome de ella lo grosero, insustancial y prosáico. Antes al contrario, el arte debe elegir con detenido exámen, de entre los elementos que juntos y mezclados aparecen en la realidad, tan solo aquellos que sean dignos de figurar en él; elementos cuya forma sensible despojará de rasgos imperfectos é inútiles, y de cuya invisible esencia reproducirá únicamente lo íntimo y precioso, á fin de que resplandezca á través de aquella forma, como luz atizada á través de fanal sin mancha ninguna. Crisol ha de ser en que el oro quede exento de escoria, abeja que extraiga la miel de las flores, cristal en cuyo foco reconcentrados abrasen los rayos del sol. Consistirá su mayor gloria en hacer ver la naturaleza por su lado más

espiritual y significativo; en ofrecer al alma un espectáculo siempre sublime de sí misma en imágenes siempre claras y vigorosas, condensando y depurando la realidad, sin alterarla ni desfigurarla, amalgamando lo bello con lo verdadero. Pero vuelva la espalda á la madre que le dió el ser, buscando regiones soñadas en que vagar suelto y sin traba alguna, y como hijo ingrato caminará por sendas de perdicion. Imposible es que sobrepuje á la naturaleza con invenciones peregrinas; imposible que la embellezca falsificándola.

¿De qué modo habria de realizar un ser fantástico de mayor valía que el hombre? Infructuoso medio seria para conseguirlo, representar, sin otra guia que la del capricho, personificaciones abstractas en lugar de personas reales, intentando elevar (como si dijéramos la raíz al cubo) el individuo particular á tipo indeterminado.

¿Debe acaso la dramática reputar feo y despreciable lo que la individualidad humana tiene peculiar y característico? Antes al contrario, conforme va siendo mayor el desarrollo de la vida en los distintos objetos y séres de la creacion, mayor es, como prueba de su valer, la diferencia que entre ellos existe. Poco se distingue un mineral de otro; más una planta de otra; más un bruto de otro bruto. Y por efecto del libre ejercicio de las potencias morales, cada hombre en su modo de ser difiere radicalmente de los demás. Vaciarlos á todos en un molde donde pierdan los rasgos constitutivos de su peculiar carácter, es empobrecerlos y darles condicion de séres inferiores. No dejándose deslumbrar el poeta por la superficie engañosa y vana, sino entrañando en lo recóndito de las cosas, pinte en las figuras dramáticas hombres verdaderos, idénticos, á fuer de tales, en el ser, y diferentes en el modo: que así, por la varia forma de que estén revestidas, se mostrará cada una de ellas como sujeto particular, existente en

época y pueblo dados, hombre ó mujer, anciano ú mozo, grande ó pequeño, sintiendo y expresándose conforme á su índole corresponda; y al propio tiempo en todas, por razon de la esencia universal que las anime, se patentizará la persona humana, no determinada por tiempo, espacio, clase, condicion, índole ni circunstancia ninguna. Dos amantes ó dos avaros, por ejemplo, diferirán entre sí por los variados contornos y ricos matices que los caractericen como distintas individualidades apasionadas, manifestándose en ambos á la vez la pasion, inmutable en principio, del amor ó de la avaricia. Con esto, en el personaje dramático aparecerán á un tiempo el individuo y el hombre, una persona y la humanidad entera. Asemejase el alma á la luz, que sin dejar de ser la misma, se ofrece en cada objeto con diferente color.

Pero el tipo arbitrariamente realizado por el poeta (que no de otro modo pueden realizarse las abstracciones), adoptando por necesidad forma petrificada y única, con ella se reproduciria á cada hora sin discrepar en nada de su semejante, ni resaltar en el cuadro que lo contuviese, monótono como ejemplar por el daguerreotipo centuplicado, superficial como pintura de lienzo bizantino donde la masa de color, destituida de matices, no alcanza á mentir el bulto. Y en vano, ora rígidas é incoloras estátuas, figuras de linterna mágica á veces, cuándo aéreas visiones perdiéndose en las nubes, alternativamente grandes sin profundidad, brillantes sin expresion, sentimentales sin ternura, en vano aspirarian á competir con la persona humana, gloriándose contra todo fuero y razon en puesto á ella sola debido. Mitos de imposible existencia, darán á entender que son movidos de ajeno impulso, á la manera que los muñecos de retablo. Abstracciones por el capricho animadas, no serán expresion activa, sino pasiva definicion de sí propias; y en vez de exprimir

espontáneamente los afectos, no harán sino explicarlos y analizarlos como si relataran síntomas de una dolencia; diciendo que sienten en vez de sentir, que son malas ó buenas en vez de serlo. Ideas puestas en accion, será naturaleza simple la suya, incapaz de oscilar y moverse en distintas direcciones al vario impulso de móviles diferentes. En medio de las mayores catástrofes de la vida, insensible la gracia, cumplirá su destino de hacer reir; el amor no conocerá otro afecto ninguno; el honor solo tendrá ojos y corazon para verse y adorarse á sí propio; y de esta suerte tales ideas ni por asomo harán concebir de sí tan alto concepto como encarnadas en el hombre real y verdadero. ¡Oh, cuanto más que una fantástica personificacion del heroismo caminando sin interrupcion ni estorbo á su fin, patentizaria la grandeza y excelsitud de las acciones heróicas el individuo que las realizase contrariado en su querer y poder, símbolo vivo de la lucha perenne que es ley constante de la humanidad!

Mutilándola, Señores, despojándola de sus flaquezas y miserias, tampoco se embellece la naturaleza humana.

El cumplimiento del deber, la práctica de la virtud, el heroismo, la abnegacion, el dominio del espíritu sobre la materia, embelesan y admiran á título de costosísimas victorias alcanzadas contra adversarios poderosos. ¿Qué seria el varon ilustre, si al afirmar el imperio de la justicia ó difundir los tesoros de la civilizacion, merced á su talento, á la energía de su carácter ó al valor de su brazo, cumpliese esta obra sin vacilar ni temer, sin esfuerzo ni angustia? ¿Qué el sabio y el artífice, si las creaciones que aplaude y bendice uno y otro siglo emanasen de su ingenio al modo que la flor brota de la tierra y fluye del manantial el agua? ¿Qué el bueno, si nada le indujese al mal? ¿Qué el santo, si macerándose no padeciera, y no sintiese tentacion á que

resistir? ¿Qué el mismo Dios-Hombre, sin aquella flaqueza humana en que estriba el misterio de la redencion, sin aquellas lágrimas derramadas al contemplar cercanos los tormentos de su pasion y muerte; sin aquella sed que fatiga su cuerpo, y aquel exclamar, descaecido su ánimo, cuando ya pende del madero divino: «Potente Helí, tu mano me desampara?» El hombre, porque lucha merece, y es doblemente grande el alma por lo mismo que obra sus maravillas encerrada en estrecha cárcel de barro. Viles instintos, implacables necesidades, pasiones terribles, hipócritas sentimientos contra ella emplean sin tregua, ya seductor halago, ya fuerza tenaz. ¿Y cómo pintar el vencimiento sin pintar la pelea? ¿Cómo enaltecer el uno, disminuyendo y paliando los efectos de la otra? La gloria del vencedor podrá tanto mejor apreciarse, cuanto resalte más el encono y poder de sus enemigos. Por cierto, Señores, que el personaje dramático no será bello sino cuando, como el hombre, esté compuesto de cuerpo y de alma, y alternativamente vuele hácia lo alto y se incline hácia la tierra. Aquellas figuras que aspiren á ser puro espíritu, puro heroismo, pura bondad, no serán espirituales, ni heróicas ni buenas: con ínfulas de sobrenaturales valdrán mil veces menos que la naturaleza; sorprenderán acaso, no conmoverán nunca. Y no solo no es dado al arte despojar al ser humano de sus flaquezas y miserias sin rebajarlo y empobrecerlo; pero tampoco suprimir del espectáculo de la vida, sin menoscabar su grandeza, los vicios y los crímenes, para no representar más que acciones magnánimas y virtudes.

Lo feo y lo bello, así como en lo físico en lo moral, recíprocamente se explican, se completan, se quilatan; y cuanto en la realidad, son inseparables en el arte. Si el bien y el mal moran juntos sobre la tierra ejerciéndose uno contra otro; si la exaltacion del primero y el abatimiento del segundo son,

por igual, triunfo de la justicia; si la naturaleza humana, por acto del libre albedrío y de la conciencia, en un solo punto puede trasformarse de todo en todo, ¿cómo separar en el arte cosas tan íntimamente enlazadas en la vida, proscribiéndosé en él con la pintura de las deformidades del alma, á un tiempo la de sus mayores excelencias y perfecciones? La representacion de lo malo, de igual suerte que la de lo bueno, será tanto más bella, artísticamente considerada, cuanto sea más verdadera, cuanto mejor alcance á producir en el ánimo del auditorio el propio efecto que la realidad misma le causaria.

Vano sería tambien el intento de embellecer al hombre sujetando sus afectos á traza fija y medida convencional. Las pasiones deben desarrollarse en el drama con toda su natural variedad y vehemencia. Proteo de innúmeras formas, bajo una distinta se manifiesta la pasion en cada individuo. Por motivo igual, este llorará en brazos de blanda melancolía; quién será presa de horrenda desesperacion; en uno, los afectos rugirán sordamente como remolinos de aire en cavidad profunda, en otro prorumpirán atronadores como torrente despeñado. Querer ajustar las pasiones á una sola medida, es querer que todos los hombres sean idénticos, que ninguno tenga carácter propio y exclusivo: y figura sin carácter, ya hemos visto que es un ente de razon inferior en mérito y belleza á la criatura real. Cuando todos los personajes dramáticos acertaran á contenerse en un mismo límite; cuando todos fuesen capaces de idéntica circunspeccion y mesura, ¿quién, que los viese á todos tan precavidos y sesudos, habria de interesarse por ellos? ¿Quién dejaria de conocer que no eran hombres apasionados, sino máquinas por cuyo medio á sangre fria hablaba de cuenta propia el poeta? Sistema tan fuera de todo razonable discurso daria por fruto la monotonía y amaneramiento que matan el arte.

Primero que á historiar sucesos, tiende la escena á pintar las causas morales de que se originan; menos lo que hace el hombre, que el por qué y el cómo lo hace. Y si nadie negó nunca al ingenio el derecho de representar las mayores catástrofes, ¿con qué pretexto, con qué asomo de lógica impedirle reproducir los afectos con la intensidad y energía necesarias para producir tan tremendos resultados?

Ese, que, ciego de ambicion, queriendo siempre más, corre desatinado á perderlo todo; ese, que no logra saciar la ira sino con sangre de sus hermanos; ese, á quien los celos inducen á destruir lo que más ama; ese, que por vivir en otro ser no halla hora ninguna libre de ansiedad y sobresalto y congoja; ese, que llora con lágrimas del corazon la ingratitud de un hijo; aquellos, en fin, que destrozadas por infortunios terribles sus entrañas, caen en la desesperacion y á los golpes del dolor vienen á perder el juicio y á veces la vida, — aparezcan en la esfera del arte llegando por las mismas sendas que en la realidad, á tan lastimosos extremos. No se quiera pintar al apasionado como si no lo estuviera más que á medias, patentizando un absurdo desacuerdo entre lo extremado de la accion y lo moderado del móvil que le incite á consumarla. Cierto es que la pasion en el mayor grado nos priva de nuestra ordinaria manera de ser; pero tambien es cierto que nunca se ve mejor hasta lo íntimo de nuestras entrañas, que cuando, ofuscada la razon, nos olvidamos del mundo y de nosotros mismos; fuera de que el teatro no considera solo á la humanidad en pleno goce de sus facultades morales, sino tambien poseida de la ceguedad y la locura. ¿Serian tan hermosas las tormentas del corazon, amenguando el pavoroso fragor de sus truenos, el irresistible empuje de sus huracanes, el fuego devorador de sus rayos? ¿Quién señaló ni se atreverá nunca á señalar la pauta á que hayan de ajustarse

los erráticos movimientos del alma, capaces de llevar al hombre, á manera de oleadas tumultuosas, ora á escollo de perdicion, ora á puerto de eterna salud y vida? No vale más un corazon mermado que otro cabal; ni más que un espíritu con alas, otro sin ellas. Sentir con su cuenta y razon, es no sentir.

Siempre, Señores, siempre daria el resultado contrário cualquiera medio que en literatura dramática se emplease para sublimar la naturaleza, falsificándola; mientras que la verdad será siempre á la vez orígen de belleza artística y de belleza moral.

Sin ella el arte, como corrompida hermosura, léjos de cautivar, ofende: para alcanzar lauro legítimo necesita deleitar aprovechando. Pero se equivoca si imagina tener obligacion indeclinable y constante de probar el bien como por corolario matemático, y más aun si se empeña en definirle y sustentarle teóricamente, haciéndose expositivo, analítico y razonadór. Nada tan estrambótico y fuera de quicio como el poema donde, para deducir, á todo trance, de la accion una máxima concreta, por fuerza se la encaminara á término diverso ó contrario del suyo lógico y natural, falseando así la representacion de la vida; donde con resultado igual se comentase y explicase la virtud, en vez de darla á conocer por sus actos, convertido el personaje escénico en declamador de oficio, para quien el público fuese único verdadero interlocutor. Sin carácter de parábola, sin demostrar silogísticamente un principio moral, es dado al arte ejercer saludable y poderoso influjo, despertando afectos nobles y generosos, puras y elevadas aspiraciones. Y yerra por extremo cuando fia á la leccion teórica lo que debiera al ejemplo vivo; cuando se dirige á la razon para convencer, y no al corazon para hacer sentir; cuando olvida que no le toca moralizar doctrinando, sino conmoviendo.

Lo que importa en la literatura dramática es ante todo proscribir de su dominio cualquier linaje de impureza, capaz de manchar el alma de los espectadores; y empleando el mal únicamente como medio, y el bien siempre como fin, dar á cada cual su verdadero colorido, con arreglo á los fallos de la conciencia, y á las eternas leyes de la Suma Justicia. Santificar el honor que asesina, la liviandad que por todo atropella; representar como odiosas cadenas los dulces lazos de la familia; condenar á la sociedad por faltas del individuo; dar al suicida la palma de los mártires; proclamar derecho la rebeldía; someter el albedrío á la pasion; hacer camino del arrepentimiento el mismo de la culpa; negar la virtud; negar á Dios, — consecuencias son de adulterar, con el empleo de lo falso en la literatura dramática, ideas y sentimientos: crímen fecundo en daños infinitamente mayores que el de adulterar hechos en la historia. Con la verdad por guia, no le acontecerá al arte confundir el mal con el bien; y si en tales ó cuales épocas á los ojos del vulgo suelen adquirir ciertos vicios y mentiras apariencia de virtudes y verdades, él, despojándolos del pérfido disfraz, los mostrará desenmascarados y al desnudo.

Y puesto que la dramática debe ser verdadera en el fondo, cúmplele parecerlo tambien en la forma; lo mismo en la idea que en el signo que la exprese; juntamente en la manera de sentir y en el modo de hablar.

Sin correccion, la lengua escrita será todo menos literatura, aunque hoy esto, como otras muchas cosas, se ponga en tela de juicio. Pero repárese bien que la correccion en manera ninguna determina la cualidad de verdadero ó de falso en el lenguaje: con igual respeto á los fueros de la gramática, es dado hablar natural ó afectada y ridículamente en las obras de ingenio. Tampoco la versificacion implica ni supone

trastórno fundamental en la índole y modos naturales de la expresion; y pruébalo el caber tanta propiedad en la poesía como en la prosa, y en esta tanta afectacion como en aquella. En ambas formas se manifiestan al par los vicios con que en épocas distintas suele el mal gusto adulterar y corromper el lenguaje. Uno de vosotros lo ha dicho: la poesía es ante todo verdad, y vive de la sinceridad de sentimiento y de expresion.

Sometida la palabra á las leyes del número y la medida, adquiere mayor sonoridad y precision, más grande eficacia, encantos indefinibles; viniendo á ser para ella la metrificacion como preciosísimo cerco, dentro del cual con pureza y vigor inusitados brilla y resalta; mas no por esto pierde sus condiciones primitivas, no por esto cambia de naturaleza. Querer hacer consistir la poesía en tal ó cual sistemático y arbitrario modo de expresion, téngase, no vacilo en asegurarlo, por lamentable extravío de la inteligencia.

Aquí hallarémos el habla muy preciada de gran señora, muy grave y sesuda, cautiva en rígido manto de oro, acompasada en el andar por miedo de que se le caiga la corona; verémosla allí, invencionera y refinada cortesana, adulterar con mal simuladas formas postizas las suyas propias, cubrirse toda de afeites, lazos y pedrería, hacer sin trégua ostentacion de peregrinos gestos y contorsiones; y en esotra parte parecerá visionaria dama, que lácia, pálida y quejumbrosa, quiere aparentar que es alma del otro mundo y no toca á la tierra. Aburrimiento y fatiga causa contemplarla á toda hora tan ceremoniosa y enfática; hasta lo sumo complicada y reluciente, deslumbra y marea; hastía y empalaga de puro suave, emblemática y vaporosa. Pero bajo estos y otros muchos aspectos de que suele indebidamente revestirse la falsa elocucion, uno mismo es siempre su carácter principal y distintivo: conócese en el inmoderado empleo de tropos, figuras y amplificaciones,

si no bien á bien, traidos por los cabellos para no llamar por su nombre ni expresar naturalmente las cosas; en discurrir por sendas extraviadas, en vez de seguir el camino derecho.

De esta suerte, invertido el órden de la naturaleza, quiere el arte encajar á la fuerza en preestablecida forma convencional, como en lecho de Procusto, la expresion de las operaciones de la mente y los movimientos del corazon, haciendo así determinativa la manera de hablar de la de pensar y sentir, tomando por fin el medio, y el efecto por causa; de donde procede el culteranismo de todos tiempos y países, uno siempre en la esencia, bien que múltiple en sus manifestaciones. Y si en cualquiera género de la poesía merece vituperio la diccion amanerada y falsa, merécelo muy particularmente en el poema dramático. Aquí donde juntos alternan todas las edades, condiciones y sentimientos; donde bajo todas sus fases se pinta la vida, y el hombre aparece de bulto, obrando, sintiendo y expresándose activamente como de veras, aquí, digo, cumple solo su objeto y merece aplauso aquel lenguaje que, sencillo, claro y flexible, desnudo de artificio convencional y vana pompa, es apto para recorrer todos los tonos, para proporcionarse á todos los tamaños; y, así como con el viento la llama, ya suspira, ya truena; ora dóblase, ora de nuevo se levanta al vario impulso de los afectos, estimando siempre la fidelidad, norte de su virtud; el candor, principal orígen de su belleza.

¡Oh, cuán necio el arte que se empeña en estar siempre de manifiesto en sus producciones, para ser no por ellas, sino por sí mismo admirado! ¡Y cuán discreto y bien regido el que detrás de su hechura sabe esconderse para que así parezca fácil lo difícil; lo premeditado y artificial, natural y espontáneo. Vicio es en el primer caso, y como vicio, vanidoso; en el segundo, virtud, y á ley de tal, modesto y humilde.

Fantasée tipos de belleza convencional, sujetándose á preceptos arbitrarios y caprichosos, y no logrará contentar más que al reducido círculo de eruditos de quien tales preceptos sean conocidos y sustentados. Mayor gloria alcanza el poeta dirigiéndose con sus obras á todo el mundo. El único tipo inmutable y para todos inteligible de hermosura, reside en la naturaleza. La gran poética que ha de estudiar el autor dramático, escrita se halla en el corazon del hombre por mano de Dios.

¿Ni quién negará que uno de los principales méritos de este ramo de literatura estriba en hacer que la ilusion se apodere del auditorio, en interesarle y conmoverle, como pudiera lo cierto, con el espectáculo de lo fingido? Sin duda que en el teatro los espectadores deben tener ocasion de ejercitar la actividad del espíritu despreciando lo ridículo, tributando admiracion á lo sublime, aborreciendo lo malo, amando lo bueno, poniéndose de parte de la justicia, y padeciendo por la humanidad.

Para crear ficciones animadas del mismo jugo, espontaneidad y vida que lo verdadero, y capaces de impresionar tan hondamente al público, no basta el ejercicio de la imaginacion sola: preciso es que el poeta sienta lo que imagine, que se ponga en situacion, como vulgar y exactamente decimos, haciendo suyos todos los tiempos y países, todas las condiciones humanas, todos los dolores y alegrías que quiera pintar en su obra. No exprimirá bien afectos que no muevan su pecho; no logrará animar criaturas como las vivas, si entera no les infunde su propia alma.

Descendamos ahora al terreno de la experiencia, y observarémos cómo lo verdadero ha sido siempre cualidad determinativa de lo bello, tanto en el arte moderno como en el antiguo, juntamente en el clásico y el romántico.

¿Qué habia en el Olimpo gentílico? Deidades hechas por el hombre á su semejanza con sus mismas necesidades y pasiones. ¿Qué en la tierra? Hombres en quien el alma, como si toda se hubiese empapado en el barro de su cárcel, no alcanzaba á funcionar sin el auxilio de los sentidos, subyugada y esclavizada por ellos. Y dominando el cielo y la tierra alzábase entonces en lugar ignorado una voluntad tan ciega y tan absurda que ni siquiera se conocia á sí propia. De este modo lo humano y lo divino confundíanse en una misma identidad de sustancia; y el espíritu y la materia resultaban unidos en estrechísimo consorcio, originándose de aquí aquel reducir á su más grosera expresion todas las mociones internas del ánimo, y al par aquella fanática adoracion del elemento que cae bajo el dominio de los sentidos. El dios adora hechizos de la carne; mérito es preferente en el varon la gentileza y gallardía; conquista á precio de su hermosura la vil ramera un puesto en la sociedad; el Areópago poseido de admiracion absuelve á la culpable que muestra á sus ojos en desnudez un cuerpo lleno de perfecciones. Y por otra parte, condenado estaba el hombre á carecer de libertad individual, á ser absorbido por el Estado, á no conocer la familia, á no estimar la mujer sino como instrumento de deleite, á desarrollar su actividad entre las cuatro paredes del mundo exterior, descansando á plomo sobre la tierra. Hé aquí la civilizacion que fielmente retrata el drama pagano. Si sus héroes obedecen y no resuelven, llevados de la mano por la fatalidad, natural es que uniformes caminen en línea recta; si los sentimientos en ellos no se despliegan con la mayor vehemencia y variedad, repárese en que nacen de alma encadenada y rendida. Pero esto será bello tan solo allí donde resplandezca natural, que falso y contrahecho no lo seria. Precisamente porque recibiendo inspiraciones del original y no de artificioso maniquí, pinta libre y desembara-

zado la vida humana, opino yo que el poema antiguo difiere menos del drama romántico que la moderna tragedia clásica, considerada esta en su carácter más general y distintivo.

La situacion de ánimo de quien á deshora se encuentra matador de su padre, esposo de su madre, hermano de sus hijos, se manifestará en Edipo, antes como anatema lanzado por la razon en vista del trastorno de un órden de cosas establecido, que como espontáneo dolor del alma, como íntimo remordimiento de la conciencia; no podrá este personaje, ciego instrumento del destino, moverse y agitarse con todo el incierto y arrebatado giro de la existencia individual, ni patentizar con sus actos la moralidad proveniente de ver el hombre germinar y multiplicarse hasta lo infinito su culpa. Pero atentos á lo que por semejantes fatales causas no hace más que indicarse en Edipo, sin alcanzar exacto y completo desarrollo, contemplémosle rechazar con ira de inocente el horrible cargo que se le imputa; á medida que va apareciendo mas claro su infortunio, empeñarse mas en averiguarlo; acoger ansioso la menor esperanza; dudar de lo que no quiere creer; rendirse de pura fatiga á la evidencia, y anhelar el propio castigo; no atreverse ni á pronunciar el nombre de la infeliz en quien fué concebido y en quien él concibió; mirar con espanto á sus hijos; sublevarse impetuoso cuando se los quieren arrebatar; ser, en fin, humano y verdadero, y como tal patético y grande.

En la forma de la expresion, aquella literatura dramática nos mostrará á cada paso inmensos tesoros de verdad. Inútil seria buscar allí estilo hinchado y vanidoso, porque allí siempre se habla con ingenuidad y candor. Oid á Ifigenia:

¡Oh padre mio! aplácuente mis lágrimas, única fuerza que poseo! Humildemente pongo á tus piés mi cuerpo, que para tí dió á luz esa que tienes á tu lado. No pretendas que muera antes de sazon. ¡Es tan hermoso ver la luz! No me

obligues á conocer tan pronto los senos de la tierra. Yo fuí quien primero te llamó *padre*, y á quien tú primero llamaste *hija*. Yo, la que por vez primera, sentada en tus rodillas, te hizo alegres caricias y recibió las tuyas. Preguntábas entonces: — «¿Si llegaré á verte, hija mia, vivir contenta y bien lograda en la mansion de un esposo, como á mi gloria cumple?» — Y respondia yo, pegada á tu rostro, que ahora acaricio con mis manos: — «¿Y á mí me será dado, oh padre, verte gozar cuando seas viejo la dulce hospitalidad de mi albergue, y remunerar entonces la tierna solicitud que á mi niñez consagras?» De estas pláticas aun conservo la memoria; á tí se te olvidaron ya, y quieres matarme. ¡Ah, no hagas tal, por Pélope y por tu padre Atreo; por mi madre, que con tanto dolor me parió, y hoy pasa por mí las angustias de un nuevo alumbramiento! ¿Qué tengo que ver yo con las bodas de Páris y Elena? ¿Por qué han de ocasionar mi ruina? Padre, vuelve á mí los ojos; y si al fin nada han de poder mis súplicas, muéstrame tu cara y dáme un beso, para que tan siquiera lleve al sepulcro esta prenda de tu cariño. ¡Oh hermano, menguadas son tus fuerzas para defender á nadie; mas llora conmigo; suplica á tu padre que no mate á tu hermana.

Cierto que, de los tres grandes soberanos de la escena ateniense, es Eurípides el que más ahonda en el humano corazon, dando así á la palabra mayor tinte de sinceridad. Cuando Sócrates espira sosteniendo que el alma no puede morir, el poeta su amigo atrévese á los dioses; y si bien como alumbrado de indeciso fulgor, vacilando y cayendo, entraña en el mundo del espíritu más que su contemporáneo Sófocles, atento á conservar las tradiciones antiguas en toda su pureza, mucho más que su predecesor Esquilo. Y véase cómo por esto mismo es Eurípides corruptor del arte pagano.

Luego en Roma, trabada ya la lucha entre las dos civilizaciones, cristiana y gentílica, el vigoroso númen de Séneca por instinto acaba de destruir el reposado y armonioso tipo de la belleza clásica en valentísimos poemas, donde á vuelta de grandes errores empiezan á traslucirse la energía, la actividad y el poder del alma regenerada, y con ello algunos de los caractéres que despues habian de distinguir el drama romántico.

Forzoso era que el arte antiguo y el moderno, expresiones distintas de diversos estados del espíritu, difiriesen entre sí, como con temples desiguales difieren los sonidos de una misma cuerda.

Semejante es el antiguo á sereno lago contenido en cerco de flores, de poco profundas y al par muy cristalinas aguas; parécese el moderno al mar, nunca del todo quieto, sin valla que al parecer lo limite, negando á los ojos, no al alma que presiente y adivina, el penetrar hasta su fondo en que de todas sus riquezas oculta lo más precioso y admirable: como el carro de Vénus, aquel, deslizándose mansamente en region intermedia; este, como el carro de Elías que parte del cielo, toca en la tierra, y vuelve despidiendo llamas á confundirse en las alturas: el uno es bello, el otro es sublime.

Ya de nuevo se ha dejado ver el Dios Increado, único, omnipotente, principio y fin de todas las cosas; ya su excelso Hijo, con el indecible sacrificio de su encarnacion y su muerte, ha hecho patente el abismo que media entre el cielo y la tierra y entre una y otra naturaleza del hombre. Vuelve este de su letargo, y á impulso de la voluntad y de la conciencia, muévese en opuestas direcciones, anda y deshace lo andado; lucha sin tregua consigo propio, y por una misma causa experimenta á la vez dos efectos contrarios; su espíritu valiente, sustrayéndose al yugo de los sentidos, con libertad discurre y por sí solo vive y funciona en los ilimitados ámbitos del mundo moral. Instintivamente se complace en el dolor que le purifica; la resignacion es su mayor fortaleza; la abnegacion su mayor victoria. Vínculos indisolubles ligan los corazones; ideas y sentimientos desarróllanse con intensidad imponderable; el devaneo, la ilusion y el éxtasis son cebo irresistible del alma. Conoce al fin la criatura que la tierra no es su patria, que su destino es inmortal. Con la exaltacion de la mujer al igual del

hombre nace la familia, y en ella se reconcentra la actividad humana.

Esta nueva civilizacion, esta nueva existencia, animarán la escena cristiana. Para figurar en ella dignamente no há menester el personaje dramático ser monarca, príncipe ó héroe; bástale ser hombre. En ella el honor será objeto del mas fervoroso culto; el amor, tan poderoso como la muerte; cualquiera movimiento del ánimo, siempre grande y sublime: como vivos contrastes del espíritu y la materia, hallarémos aquí rostros feos ocultando corazones hermosos; el valor moral animando la flaqueza física; en cuerpo dolorido y turbado alma satisfecha y gozosa: trasformándose á cada momento aquí la persona humana, tan pronto rie como llora; alternativamente osa y teme, alienta y desmaya, desconfia y espera; del despecho pasa á la resignacion, del odio á la piedad, de la culpa al arrepentimiento; ve que la vida de los sentidos es sueño, y verdadera únicamente la vida del alma; y si ayer le dominaba el instinto brutal, hoy ya le alumbra y le guia divina inteligencia; cuándo, desde las elevadas regiones de la penitencia y la gracia cae precipitada por la duda en los infiernos; cuándo, desde los abismos de la corrupcion y el pecado, en alas de la contricion se levanta á la gloria.

A esta oposicion y contraste de los dos elementos constitutivos del ser racional; á esta accion combinada del libre albedrío y de la Providencia; á este arrebatado vuelo del alma hácia lo infinito, será estrecho el angosto cauce de la tragedia antigua; y necesario el ancho y abierto campo de la escena romántica. Así el culto del verdadero Dios, no cabiendo en el reducido templo gentílico, hubo menester la espaciosa catedral con sus laberintos de naves y columnas, con las torres dónde suenan misteriosas voces llamando á orar, con las agujas que se pierden entre las nubes del cielo.

Crear este nuevo teatro, empresa fué de aquellos poetas sacerdotes de nuestra España, y de aquel vehementísimo inglés Shakspeare, ingenios dotados de tan ardorosa fantasía, corazon tan sensible y tan levantado espíritu, que no parece sino que adrede para solo ello habian nacido.

Otros insignes poetas de Francia, bien que cediendo, como no podia menos de suceder, al influjo de lo moderno, quisieron restablecer en sus poemas la forma clásica del arte pagano, atentos á evocar fantasmas de una civilizacion muerta. ¿Y qué sucedió? Como árbol indígena, prende vigoroso el drama romántico en la madre tierra, y cada vez con mayor pompa y lozanía se desarrolla al aire libre, fecundizado por el sol y las lluvias del cielo: como planta exótica, encerrada en estufa y alimentada de riego y calor artificiales, la tragedia clásica de dia en dia se agosta y descaece. Ni en Francia mismo conseguirá prevalecer: aferrada á este sistema la Italia, con ser emporio del saber y las artes, carece todavía de un teatro nacional: en tanto que Alemania rindió culto á la misma escuela, su númen se arrastró insípido y lánguido por el suelo, alzándose despues á las nubes vivificado con el ejemplo de Calderon y Shakspeare: salvo muy raras excepciones, la imitacion de la Melpómene francesa esteriliza y prostituye la escena española; y no necesito deciros cómo recobra su antiguo esplendor al punto que recibiendo de rechazo el impulso que ella primero comunicó á la de otras naciones, y alentada por los consejos de un sábio que hoy tiene asiento en esta Academia, vuelve con nuevo calor y brio al sendero de donde nunca debió haberse apartado.

Pues ved, Señores, que el triunfar siempre y en todas partes de la forma clásica la romántica, está en ser la una mas verdadera que la otra.

Pero si todas las obras compuestas bajo sistemas y gustos

y en épocas y pueblos distintos, se diferencian entre sí por lo que tienen de falsas y convencionales, todas llegan á identificarse en igual manera de ser cuando fielmente retratan la verdad. ¿Y quién negará que aquello en que todos los grandes poetas convienen debe ser lo bueno y lo que forma regla general, y por el contrario, lo excepcional y lo malo, aquello en que radicalmente se opongan y dividan? Clásicos y románticos, antiguos y modernos, españoles, ingleses, franceses, italianos y alemanes caminan mal avenidos, volviéndose la espalda, cuando por lados contrarios huyen de la madre naturaleza; puestos en ella los ojos, van juntos por una misma senda como buenos amigos.

Unas veces arrastrada de la pasion, otras por deliberado propósito, suele convertirse la crítica en sátira ó panegírico y juntamente alabar ó deprimir defectos y bellezas, con lo cual se vician y confunden las más claras y universales nociones de lo bueno y lo malo en literatura, dando lugar á que el juicio del observador se pierda en oscuro laberinto. Pero es lo cierto que no hay obra humana perfecta, y que el mérito de los escritores no se mide por la frecuencia, sino por la magnitud de los aciertos; siendo de advertir que aun en los mismos errores puede manifestarse con mágia seductora un ingenio peregrino, así como en acciones vituperables una gran cualidad moral: Shakspeare y Calderon, por ejemplo, bien que su vivífico númen resplandezca aun á través de las mayores imperfecciones, al modo que el sol á través de las nubes, son quizá los dos más defectuosos, y al par los dos más insignes dramáticos que han existido nunca. En ellos, y en cuantos ingenios se conocen, el sentido comun reprueba lo falso y aplaude lo verdadero.

Lauro hermoso de nuestros célebres poetas del siglo XVII, es haber fundado un teatro universal en cuanto cristiano,

y nacional en cuanto español; haber sabido pintar en él, de más de la índole comun á la humanidad en las sociedades modernas, el carácter peculiar del hijo de España. Templada está su sangre por el ardiente sol que le alumbra; mueve y dilata su alma el aspecto de la varia y deleitosa naturaleza que le rodea; el pelear continuo le ha dado espíritu hazañoso y aventurero; el constante vencer, arrogancia y soberbia; más y más se ha arraigado en su pecho el amor á Dios, al Rey y la patria, arrostrando por ellos á cada hora la muerte durante ocho siglos; la mujer, en quien halló tras el afan y los horrores del combate, descanso á su fatiga, sosten á su esfuerzo y dulce premio á sus hazañas, parécele ángel de paz y alegría, á cuyo servicio consagra todo el fuego de su corazon apasionado y generoso. De mostrarse este carácter en la ficcion tal como es en la realidad, dimana su mérito y el que tanto nos interese y agrade ¿Mas por qué, entre los poemas de Calderon, descuellan *La vida es sueño* y *El alcalde de Zalamea; La estrella de Sevilla*, entre los de Lope; entre los de Rojas el *García del Castañar*, y *El desden con el desden* entre los de Moreto? Porque estas obras son de aquellas en que el poeta, abandonando la rutina arbitraria y rompiendo moldes amanerados, no solo pintó con verdad el espíritu de una civilizacion y el carácter de un pueblo, sino tambien la índole peculiar de la individualidad humana, el modo natural de sentir el hombre y de expresar los afectos que le conmueven. ¿Cuál la razon de que los villanos de Tirso estén reputados por modelos inimitables? Lo asombroso de su parecido con la realidad. ¿A qué debe atribuirse la mayor perfeccion, ya que no la mayor grandeza, del autor de *La verdad sospechosa* respecto de sus contemporáneos, á qué sino á la circunstancia de aparecer en el uno más á la continua que en los otros lo humano y verdadero?

Recordad el mundo animado en la esfera del arte por el númen de Shakspeare. Allí la inagotable variedad de la naturaleza, distinguiéndose cada personaje entre los demás por una fisonomía propia; allí el humano sin enmiendas ni mutilaciones, causando al par lástima y admiracion; allí los más ocultos móviles de la voluntad, las más impenetrables operaciones de la conciencia, los más hondos abismos de la mente y el corazon; allí Lady Macbeth, Julieta, Desdémona, Shylock, Ricardo III, Macbeth, Otelo, Romeo, Hamlet, Lear, haciendo creer que un alma verdadera los vivifica; allí la humanidad retratada al vivo bajo todas sus fases, en su actitud más imponente y expresiva; y esta es la causa de que el nombre de Shakspeare llene los ámbitos de la tierra. Siendo intérprete feliz de los sentimientos heróicos y magnánimos, haciendo que la antigua Roma resucite para no volver á morir jamás, gana Corneille su gloria imperecedera. ¿Qué es lo que principalmente nos admira en Racine? El gran tesoro de verdad con que enriqueció sus gallardos poemas al representar los tormentos del amor culpable y la furia de los celos; la ternura y la abnegacion de que la mujer es solo capaz. Infunde Molière en sus personajes la espontánea viveza de la criatura realmente animada; logra que en ellos nos veamos á nosotros mismos con nuestros vicios, miserias y extravagancias; y por esto aplauden y aplaudirán siempre á Molière el sábio y el ignorante, pueblos y generaciones distintas. ¡Qué bien patentiza Schiller en Wallenstein al hombre que ama el bien y le huye, devorado de injusto anhelo insaciable, caminando á tiento en la vida por sendas mal seguras, con indecisa voluntad, mente supersticiosa y conciencia turbada! ¡Qué bien en María Estuarda la vanidad de la hermosa, la flaqueza y soberbia de la mujer, la majestad de la reina, el nuevo ser de la pecadora regenerada por el dolor, la uncion y recogimiento del

alma religiosa en el trance de la muerte! ¡Cuán admirablemente en Guillermo Tell la ruda cordialidad, la sencilla ternura y el rústico heroismo! Al primer golpe de vista se conoce que este hombre no puede ser esclavo. En todos sus dramas pinta Schiller cuadros de singular perfeccion y hermosura con pinceles robados á la naturaleza, y de aquí el ser este maravilloso ingenio dueño y árbitro de los corazones. Obsérvese cómo, ciñéndose quizá en demasía á la más nimía y particular imitacion de la realidad que tiene delante de los ojos, llega Moratin (que no es clásico, sino romántico á pesar suyo), llega, digo, á crear una comedia tal y tan buena, que nunca produjo ni acaso producirá nunca otra mejor el entendimiento humano. ¡Cómo están caracterizados los personajes todos de *El sí de las niñas!* Parécele á uno que el dia menos pensado va á encontrárselos en el mundo de manos á boca. Semejantes nuestros en todo y por todo, dándose á conocer con la mayor naturalidad en lances ordinarios y cuotidianos de la existencia, esclavizan nuestra atencion, y ya nos hacen reir con el espectáculo de sus extravagancias, ya con el de su dolor nos afligen, ya con el ejemplo de sus virtudes nos inspiran el amor del bien, halagando dulcemente nuestras almas. El diálogo de Moratin, modelo de correccion y ternura y á la vez copia exactísima del corriente modo de hablar, será eternamente, por esta razon, asombro de los entendidos y desesperacion de cuantos quieran imitarlo.

Y hoy, Señores, ¿qué triunfos no ha logrado el arte escénico pidiendo inspiraciones y modelos á la naturaleza? Maldecir de lo presente es comun achaque de todos los tiempos: no creo yo incurrir en el vicio contrario estimando la escena contemporánea digna de grande admiracion. Cierto que en ella se han cometido vituperables errores, haciéndola falsa á fuerza de querer hacerla verdadera, prostituyéndola y ence-

nagándola con la representacion de verdades groseras é impúdicas, ofensivas al buen gusto y á la moral, cuando no más propias de una sala de clínica que del teatro. Pero en cambio, ¡cuántas y cuán notables bellezas no enaltecen hoy la literatura dramática, debidas al culto decidido y constante de la verdad! Y para hallar altos ejemplos que lo acrediten ¿necesitaré, Señores, salir de nuestra patria, ni siquiera de este recinto? A cualquier lado que me incline puedo coger flores lozanas que justifiquen mi propósito. Y al hacerlo así, permitidme buscar tambien en lo moderno acendrados modelos de expresion verdadera, que siendo de cuantos me escuchan conocidos, alcancen por ello á confirmar con mayor prontitud y eficacia mi doctrina.

¡Cómo en *Don Álvaro* exaltan mi fantasía y conmueven mi corazon aquel placentero aguaducho del puente de Triana, aquella inquieta y alegre posada de Hornachuelos, aquel revuelto campamento de Italia, aquel tranquilo y majestuoso monasterio de Nuestra Señora de los Ángeles! ¡Oh, cuál lamento los dolores de este generoso D. Álvaro, todo pasion y fuego, nacido á grandes cosas, y arrastrado siempre á la desdicha por la fuerza de su carácter! Cuando le veis precipitarse desde la roca al abismo, ¿no se os conturba el alma pensando si le aguardará la condenacion eterna; y no os halaga la idea de que en un solo punto, al caer, puede haberle salvado el arrepentimiento? Así el drama cristiano lleva la mente de la criatura al Criador, sin que jamás su desenlace se verifique en la tierra, sino en el cielo. ¡Con qué acierto expresa en este monólogo sus afectos D. Cárlos de Vargas:

¿Ha de morir ¡qué rigor!
Tan bizarro militar?
Si no le puedo salvar
Será eterno mi dolor.

. . . .

Nunca vi tanta destreza
En las armas, y jamás
Otra persona de más
Arrogancia y gentileza.

. . . .

Y de Calatrava el nombre
¿Por qué así le horrorizó
Cuando pronunciarlo oyó?
¿Qué hallará en él que le asombre?
¿Sabrá que está deshonrado?
¿Será un hidalgo andaluz?
¡Cielos, qué rayo de luz
Sobre mí habeis derramado
En este momento!... Sí.
¿Podrá ser este el traidor,
De mi sangre deshonor,
El que á buscar vine aquí?
¿Y aun respira? No: ahora mismo,
A mis manos... ¿Dónde estoy?
¿Ciego á despeñarme voy
De la infamia en el abismo?
A quien mi vida salvó
Y que moribundo está,
¿Matar inerme podrá
Un caballero cual yo?
¿No puede falsa salir
Mi sospecha? Sí... ¿quién sabe?...
Pero, cielos, esta llave
Todo me lo va á decir.
Salid, caja misteriosa,
Del destino urna fatal,
A quien con sudor mortal
Toca mi mano medrosa.
Me impide abrirte el temblor
Que me causa el recelar
Si en tu centro voy á hallar
Los pedazos de mi honor.

. . . .

Ya el legajo tengo aquí.
¿Qué tardo el sello en romper?
¡Oh cielos, qué voy á hacer!

¿Y la palabra que dí?

. . . .

Nadie, nadie aquí lo ve.
¡Cielos, lo estoy viendo yo!
Mas si él mi vida salvó,
Tambien la suya salvé.
Y si es el infame indiano,
El seductor asesino,
¿No es bueno cualquier camino
Por donde venga á mi mano?
Rompo esta cubierta, sí,
Pues nadie lo ha de saber.
Mas, ¡cielos! ¿qué voy á hacer?
¿Y la palabra que dí?
A Italia vine anhelando
Mi honor manchado lavar,
¿Y mi empresa ha de empezar
El honor amancillando?
Queda, oh secreto, escondido,
Si en este legajo estás;
Que un medio infame jamás
Lo usa el hombre bien nacido.

. . . .

.... Esta cajilla
Que algun retrato contiene,
Ni sello, ni sobre tiene;
Tiene solo una aldabilla.

. . . .

¡Cielos! no, no me engañé.
Esta es mi hermana, Leonor.
¿Para qué prueba mayor?
Con la más clara encontré.

. . . .

¡Cuán feliz será mi suerte
Si la venganza y castigo
Solo de un golpe consigo,
A los dos dando la muerte!
Mas, ¡ah! no me precipite
Mi honra, cielos, ofendida:
Guardad á ese hombre la vida
Para que yo se la quite.

Ved, Señores, ved en Isabel y Marsilla dos criaturas á quien no parece sino que Dios quiso destinar al amor,

Y para hacer la igualdad
De sus afectos cumplida,
Les dió un alma en dos partida
Y dijo : vivid y amad.

Obstáculos insuperables separarán estas dos mitades de un mismo ser; pero en vano; que ellas tenderán constantemente la una hácia la otra, y ya que no en vida, se unirán en la muerte. Eres pobre, Marsilla : no importa; conquistarás riquezas : te ama otra mujer que es reina y hermosa; tú la desdeñarás : gimes cautivo; romperás al fin tu cautiverio. Ya llegas adonde mora tu Isabel. ¡Ay! llegas tarde; Isabel es ya esposa de D. Rodrigo. ¿Y qué: ni los ruegos, ni las lágrimas de tu padre alcanzan á contener el ímpetu del furor que te enloquece?

—Desgraciado, ¿qué intentas?
—Con el crímen
Aniquilar el crímen. Una vida
De Isabel me separa: que perezca.
—¡Hijo!
—Perecerá.
—No.
—Maldecido
Mi nombre sea, si la sangre odiosa
De mi rival no vierto.
—Es poderoso.
—Marsilla soy.
—Mil deudos le acompañan.
—Mi furia á mí.
—Respeto te merezca
El vínculo...
—Es sacrílego, es injusto.
—En presencia de Dios formado ha sido.
—Con mi presencia queda destruido.

Y tú, desventurada Isabel, tú, cuya constancia no quebrantaron la dilatada ausencia, ni la tenaz voluntad de un padre, ni súplicas y rendimientos de un galan bizarro y poderoso, ni los celos, ni el anuncio de que es muerto el objeto adorado; tú en quien solamente pudo vencer al amor la piedad filial, ¿qué no padecerás cuando, casada ya con otro, sepas que te han engañado, que Marsilla vive, que está en Teruel? ¿Cuál no será tu asombro y despecho, cuando Adel te diga que la pérfida rival, causa de tu horrible infortunio, se esconde en tu propia casa? Llévesela Adel que de tí la reclama para darle castigo; véngate: no haya piedad.

...Sí, moro, salga
Pronto de aquí: no le valga
El fuero del hospedaje.
   Como perseguida fiera
Entró en mi casa; pues bien,
Al cazador se la den,
Que la mate donde quiera.
   Mostrarse de pecho blando
Con ella, fuera rayar
En loca: voy á mandar
Que la traigan arrastrando.
   Sean de mi furia jueces
Cuantas pierdan lo que pierdo.
¡Jesus! ¡Cuando yo recuerdo
Que hoy pude!... ¡Jesus mil veces!
   No le ha de valer el llanto,
Ni el ser mujer, ni ser bella,
Ni reina... ¡Sí soy por ella
Tan infeliz! ¡Tanto, tanto!
   Vamos á ver: tu señor
¿Qué suplicio le impondrá?
—Una hoguera acabará
Con su delincuente amor.
   —¡Su amor! ¡Amor desastrado!...
¡Pero es amor!

—¿Y es bastante
Esa razon?...
—¡Es mi amante
Tan digno de ser amado!
Le vió, le debió querer
En viéndole. Y yo que hacia
Tanto que no le veia,
¡Y ya no le puedo ver!
Moro, la víctima niego
Que me vienes á pedir:
Quiero yo hacerle sufrir
Castigo mayor que el fuego.
Ella con feroz encono
Mi corazon desgarró:
Me asesina el alma... yo
La defiendo, la perdono.

Hé aquí la prueba más eficaz de la doctrina que sostengo. ¡Qué energía en las palabras de Isabel, qué vida, cuánta belleza! ¡Cómo llegan al alma estos verdaderos afectos, esta natural expresion! Cuando en el teatro de una época dada, se hallen rasgos tan sublimes como el que acabo de citar, ¿quién osará decir que ese teatro está en decadencia?

Y lo mismo que en el género dramático, ha hecho en el cómico maravillas la musa contemporánea, teniendo á la verdad por amiga y compañera. Díganlo, si no, *A Madrid me vuelvo* y *El hombre de mundo*.

En la primera de estas dos excelentes producciones, logra el poeta retratar con tino y habilidad suma las costumbres lugareñas, mostrando que, así en la aldea como en la corte, el hombre es siempre el mismo, iguales sus extravíos y ruindades. El codicioso D. Baltasar y el engreido y zafio D. Estéban, son figuras trasplantadas de la realidad al teatro, y dignas de Moratin y Molière. Uno y otro aceptarian por suyos estos rasgos de la comedia á que me refiero: tan llenos están de verdad y de gracia.

—¡Toma! ¿Y qué funcion de aldea
No se acaba á garrotazos?
Aquí ya nadie se altera
Por semejante bicoca.
El año que no hay pendencia,
Que sucede rara vez,
¡Es tan insulsa la fiesta!
Gracias que no ha habido muertes,
Como en julio por la feria.—
Estos hombres de la corte,
Tanto como cacarean,
Parece que no han vivido
Entre gentes.

. . . .

. . . . Mire usted: yo
Soy caviloso en estremo,
Y... Vamos; si me casara
Con ella... Porque lo cierto
Y lo seguro es que Cármen
Tiene ya su quebradero
De cabeza. ¿No es así?
Y..., como dice el proverbio,
Quien bien ama tarde olvida.
No haga el demonio que luego...
Lo que es la chica es muy guapa:
Eso es otra cosa; pero...
¿Qué quiere usted que le diga?
No es tanto tanto mi afecto
Que apechugue... Mire usted;
Yo por otra parte..., hablemos
Claros, hacia una boda
Muy desigual. Mis inmensos
Caudales... Bien es verdad
Que si me hallaba dispuesto
A casarme, yo soy franco,
Era con el solo objeto
De no entrar en quintas; pues;
Porque yo no tengo apego
A la milicia; y me bastan
Los timbres de mis abuelos,
Sin exponer mi pelleja

Por adquirir otros nuevos.
En fin, cada uno se entiende. —
Buenas noches, caballeros.

En *El hombre de mundo*, donde bajo la risueña máscara de Talía se esconde el austero semblante de la moral, todo es verosímil, todo profundamente humano; los accidentes de la fábula, los carácteres, los afectos, el lenguaje. Benita, la hija del cosechero de Arganda, suele morar en nuestras casas muy á menudo y con sus razones de pié de banco apurarnos la paciencia. ¿Qué os diré del disipado D. Juan, á quien la ceguedad de la despreocupacion impide ver el bien que toca? La creacion de D. Luis nunca podrá ser con exceso alabada. No cabe pintar con más propio colorido al calavera que expia sus faltas temiendo de los demás lo que él les hizo padecer, viendo visiones en todas partes, receloso de su propia conciencia, y hallando en la experiencia del mal el mejor medio para vivir siempre engañado. ¿A quién no encanta oir personaje al escénico expresarse con esta sencilla y hermosa naturalidad:

Pues hazlo. Mira que es cosa
De que no tienes idea
Lo que cautiva y recrea
El cariño de una esposa.
Y no lo juzgues por ese
Con que te tiene embaucado
La francesa: amor comprado,
Por mucho que te interese,
Ni es tampoco aquel delirio,
Aquella fiebre de amante,
Abrasadora, incesante,
Que más que gozo es martirio.
Es fuego que da calor
Al alma sin abrasar,
Es conjunto singular
De la amistad y el amor.

Huye de tí el egoismo,
Porque hay á tu lado un ser
Que tu pena y tu placer
Los siente como tú mismo.
En vez de frivolidad
Y de desprecio del mundo,
Se despierta en tí un profundo
Instinto de dignidad.
Quieres merecer del hombre
Respeto, aprecio, interés,
Porque refleje despues
En la que lleva tu nombre.
Ese tu eterno viajar
Por Francia, Italia, Inglaterra,
Sin que haya un punto en la tierra
Que alivie tu malestar,
¿Qué es sino cansancio, dí?
¿Qué es sino un vago deseo
De encontrar más digno empleo
A la vida que hay en tí?
Pues esa eterna vagancia,
Ese vivir volandero,
Que te hace tan extranjero
En España como en Francia;
La indiferencia fatal,
O el tedio más bien, que sientes
Cuando ventilan las gentes
Algun negocio formal, —
Todo eso, que yo he probado
Cuando como tú vivia,
Se borra, Juan, desde el dia
En que te miras casado.
Ya por el público bien
Te afanas, y en tí rebosa
Con el amor de tu esposa
El de tu patria tambien;
Y el alma y los ojos fijos
En su porvenir tendrás;
Porque esa patria, dirás,
Es la patria de mis hijos.
En fin, Juan, el matrimonio

Es orígen, no lo dudes,
De las mayores virtudes
De la tierra.—Y, ¡ qué demonio!
  Mucho contra él se propala;
Pero cuando todos dan
En casarse... vamos, Juan,
No será cosa tan mala.

Prolijo fuera citar todas las obras en que eminentes ingenios españoles de nuestros dias han dado ejemplos de que en literatura dramática es la verdad principal orígen y fundamento de lo bello. Hoy, como siempre, emularla constituye el más notable distintivo de los grandes poetas; por el contrario, lo falso es constante patrimonio de escritores pequeños y baladíes. Los primeros únicamente logran hallar esos concisos rasgos y felices expresiones que con tanta fuerza nos hieren, que nunca envejecen, y que se reputan maravillas del ingenio, sin otro mérito que el de parecer espontánea emanacion de la naturaleza viva. Cuando le pregunten á Horacio qué habia de hacer el último de sus hijos viéndose acometido de los tres Curiacios, se necesita ser Corneille para contestar por su boca: «Morir». Cuando exhorten á Macduff á vengarse de Macbeth, matador de su prole, se necesita ser Shakspeare para hacerle exclamar: «¡Ay, Macbeth no tiene hijos!» Cuando irritado Segismundo venza lo que se le pintó como imposible, arrojando á las olas á quien desafió su audacia, se necesita ser Calderon para arrancar este imponente grito á la humana soberbia:

Cayó del balcon al mar.
¡Vive Dios, que pudo ser!

Pudo ser, en efecto, que el hombre por medio del arte hiciese criaturas como él inteligentes y apasionadas, como él vivas. La ciencia, descubriendo los arcanos de la tierra y el aire,

no es más grande que el arte cuando penetra en los misterios del alma, y los patentiza á los ojos de todo el mundo. Pero si se limita á vanas y caprichosas combinaciones, viviendo de la mentira, debajo de sus vistosos arreos no habrá más que el vacío. Si se hace cortesano del mal y lo agasaja y victorea, á la condicion de falso unirá la de inícuo y abominable. Solo cuando en él aparezcan hermanados, como gemelos cariñosos, lo bello, lo verdadero y lo bueno, será el arte noble deleite y eficaz motor de los corazones, enseñanza de los pueblos, compañero de la filosofía, hijo bien querido de la religion, digno empleo del espíritu que nos infundió el Hacedor Supremo, y que en su facultad creadora tiene segura prenda de inmortalidad.

CONTESTACION

POR

EL SEÑOR DON AURELIANO FERNANDEZ-GUERRA Y ORBE,

individuo de número.

Señores:

Dia de júbilo es este para la juventud honrada, que mira en el Capitolio de las letras á un mancebo insigne recibiendo de vuestra mano el envidiado laurel, premio y corona de grandes merecimientos. Dia de indecible júbilo para mí, que desde su primera niñez le he visto crecer en aplicacion, ingenio y sabiduría, en modestia y dulzura, estimado y querido; que en largos diez y ocho años, y en lugarés diversos, he tenido siempre la dicha de presenciar uno por uno todos sus triunfos literarios; y hoy por remate alcanzo el honor de significarle á nombre de la Real Academia Española, el placer con que en su seno le recibe. Esos mismos diez y ocho años hace que, en el estreno de interesante drama bien acomodado á nuestra escena, pedia el público granadino salieran á las tablas para recibir legítimos aplausos el autor del arreglo y la incomparable actriz que habia sabido realzarlo á maravilla. Ternísimo espectáculo fué, al alzarse el telon, contemplar á Joaquina Baus, raro prodigio de talento y hermosura, estrechando contra su regazo, toda conmovida, á su pequeñuelo hijo, al novel ingenio, que por lo aniñado del rostro parecia no haber salido aun de las angelicales horas de la infancia. Tan temprana honra, léjos de malograr en flor como no raras veces sucede,

el ingenio de Tamayo, le empeñó en hacerse digno de ella por la aplicacion y el estudio, en profesar las letras, y en que solas fuesen blanco de su ambicion y colmo de sus esperanzas.

Ardia entonces aquella revolucion que, ambiciosa de devolver á la patria literatura su antiguo esplendor y brio, proclamaba la naturaleza como el único modelo digno de ser imitado; en vez de afirmar que está por cima de cualquier código literario, y que no hay otro crisol donde se quilate la bondad de los preceptos. Y cual si esa misma naturaleza, bajo sus dos aspectos, físico y moral, no tuviese leyes á que obedecer, se erigió en máxima y principio infalible la emancipacion de toda regla. De aquí el entronizarse el mayor desórden; y como providencial castigo, el no acertar los más de los ingenios á revestir sus poemas de la decantada naturalidad tan afanosa y equivocadamente buscada. En esta deshecha borrasca, á la manera que el oro al fuego, se acendraban la imaginacion y el juicio de nuestro nuevo académico, entrando en codicia de conocer, ya los autores que aplaudia, ya los que entonces condenaba la moda. Pudo con ello observar y discernir que en unos y otros lo verdadero era precisamente lo bueno y siempre encomiado; así como lo falso, constante motivo de controversia, de vituperio y censura. Y hallándose en la floreciente edad, cuando se apacienta la imaginacion en los objetos que nos rodean, y la curiosidad tiene sobre nosotros su mayor imperio, y suspenden y extasían nuestra alma los encantos de la naturaleza física,—por instinto primero, y por reflexion y convencimiento despues, la estimó incomparable raudal de inspiracion y de estudio.

Y en efecto, para hombres que, como Tamayo, aprendieron desde la cuna á referir siempre á un eterno principio todas las cosas creadas, á emplear dignamente la actividad del espíritu, á sentirlo atraido por la misma ley de su noble orígen hácia

regiones puras y excelsas, — la naturaleza material es un libro lleno de secretos desconocidos de la multitud, de donde á cada paso brotan espirituales deleites y enseñanzas. Mostrándonos el tendido cielo, morada de luz y de grandeza, nos da calladas y eficacísimas voces para que subamos á él por el seguro camino de la virtud; encorvando nuestro cuerpo hácia la tierra y quebrantándolo, nos avisa que á ella hemos de volver pronto; gastando nuestro vestido y desmoronando nuestra casa, incesantemente nos recuerda que todo lo que no es espíritu muere; con las diferentes horas del dia y el órden sucesivo de las estaciones retrata el desarrollo de nuestra vida; en los estériles arenales significa el pecho del ingrato, mientras en los floridos valles fecundizados por la lluvia representa el corazon generoso del hombre agradecido; en el ave que anida sobre los templos nos enseña la piedad filial; el amor, en las ramas de los árboles dándose paz unas á otras, y en la hiedra estrechamente abrazada al olmo corpulento; y columbramos las inefables delicias de otro mundo superior en las embalsamadas auras del verano refrescando los bosques, donde resuenan los dulces gorjeos de las aves y el eco de las sonorosas cascadas. ¿Qué puede hacer el arte sino dar cuerpo á estas persuasivas voces del universo, aprendiendo en las obras de Dios á engrandecer y dignificar el alma? ¿Qué más el ingenio, que infundir en sus creaciones el fuego de Prometeo, vivificándolas con el encendido rayo de los atributos de la divinidad que refleja en nuestro espíritu, y nos trae del cielo el bien y la hermosura? ¿En qué está la excelencia, así de las bellas letras como de las nobles artes, sino en que al mostrarse inspiradas en la contemplacion de los objetos sensibles, descubran el mayor culto y respeto que han rendido antes á las leyes de la naturaleza moral?

Presuman norabuena las artes plásticas de haber llegado á

maravillosa perfeccion, cuando con obras admirables consiguen sorprender y engañar nuestros sentidos. Gloria suya fué que Zéuxis atrajese á los pájaros con las uvas pintadas; y mengua que no los espantase con el niño que figuraba tenerlas en su mano. Mayor alabanza es todavía del monje Cotán que aun hoy mismo intenten posar las golondrinas sobre los brazos de la cruz que pintó en la Cartuja de Granada, y que se engañen los hombres creyendo de bulto el retablo de la inmediata capilla.

Mas en error gravísimo incurriria quien imaginase haber satisfecho con triunfos de la misma especie todas las exigencias del arte dramático. El poeta nada hace dirigiéndose á nuestros sentidos, si no se apodera del alma: no la materia, el espíritu es lo que debe retratar el verdadero pintor del hombre. Visibles señales de decadencia y ruina dan siempre las musas del teatro cuando sueñan que le restauran y engrandecen con la imitacion servil, prolija, de los actos fisiológicos y patológicos de la raza humana. Cifrar el primor y la gala en que al auditorio conmueva la minuciosa reproduccion de los clamores de un hambriento, ó las acciones de un ébrio, ó las frases que el amor sensual arranca á los pechos degradados; enlobreguecer y angustiar el lenguaje con los ayes de un moribundo; complacerse en describir paso á paso los caractéres que ofrece en su nacimiento, desarrollo y terminacion una tísis ó un acceso de demencia, —todo esto, que no deja de ser real y verdadero, ofende y repugna, sin embargo, á la nobleza de la ficcion escénica, la rebaja, la prostituye, patentizando cómo se extravían los que no sabiendo leer en la naturaleza, imitan del natural lo que no deben En copiar de la naturaleza lo que no es para copiado, está el primero de los escollos donde quebrantan y malogran sus fuerzas los ingenios; exageracion ó frialdad en la copia son los otros vicios con

que ingenios y actores suelen deslucir un buen asunto dramático. Permitidme, Señores, decir sobre ello algunas palabras

No es realidad la ficcion escénica, sino artística representacion de la realidad; y por eso mismo se alimenta de la verisimilitud, que no es precisamente la verdad, sino su eficaz apariencia. ¡Cuán léjos de todo razonable discurso iria quien pensase representar á maravilla en el teatro la figura de Gonzalo Fernandez de Córdoba con solo sacar la misma espada que blandió aquel capitan insigne! ¡Cuán errado andaria quien creyese que se acercaba más á la verdad disponiendo que en un drama los personajes del tiempo de Augusto hablaran el idioma de Ciceron, ó á lo menos en latin corrompido, para que el auditorio no se quedase en ayunas! La mayor fineza de la dramática está en combinar la fábula de modo que por nuevos y peregrinos que sean los resortes que la compliquen y enreden, se les dé fácil crédito; en procurar que las figuras piensen, hablen y accionen á lo humano; en alucinar al espectador hasta el punto que imagine serle aquellas de antiguo tratadas y conocidas. Y siendo unos mismos siempre el interés y los deberes del poeta y de su intérprete, ¿qué vicios malograrán y destruirán la ilusion escénica? La verosimilitud perece así á manos de la exageracion, como á las de la trivialidad: hija aquella de falso celo y poco juicio, y esta de ignorancia, de desidia, de falta de inspiracion y estro, de descreimiento y de ningun amor al arte; y el arte muere cuando tales vicios se erigen en sistema, disfrazados con el nombre de virtudes.

Estudien el actor y el poeta los casos frecuentes de la vida, y observarán cómo se anuncian, hierven despues, y revientan al fin las pasiones; con qué rapidez y vehemencia discurre el hombre irritado; qué tonos tan diferentes da á sus palabras; cuál se vale de la accion para persuadir prontamente;

con qué variedad un mismo suceso afecta á las diversas personas que intervienen en él, y qué armonioso resulta siempre el conjunto humano. Pero no se involucre esta exacta doctrina con el ejemplo de famosos poetas que han logrado complacer extremadamente en el coliseo escogiendo por asunto de sus dramas lo ajeno de verosimilitud, lo casi absurdo é imposible. Querian alcanzar así mayor triunfo, levantando sobre cimiento de cañas soberano edificio, y pactando con el público lo siguiente: *Concédeme un hecho, y te divertiré;* propuesta que jamás esquiva ningun teatral senado, y que si se le cumple se da por muy satisfecho. Llevaban adelante su compromiso haciendo interesantísimo aquel descabellado asunto, embelesando al auditorio con situaciones y caractéres cómicos, vivos y naturales diálogos llenos de sal, y echando mano de cuanto puede una brillante imaginacion y un aventajado ingenio. Mas este esfuerzo, que holgadamente cabe en las obras festivas, es impropio de las que tiran á muy distinto blanco; y en ninguna cumplirá el escritor con hilvanar á vuela pluma el primer asunto que le venga á las mientes, considerándolo desde luego en zancos para las tablas.

¿Y cumple el actor con medio aprender de memoria la comedia, no ensayándola, sino repasándola en amigable compañía? Nadie se cura entonces de ajustar su tono y ademan á los del vecino; y en la noche de la representacion cada cual echa por su lado, todos van á salir del paso, no saben lo que han de hacer, parecen asustados ó distraidos; como no sienten, no hacen sentir al público; como no se afanan por vivificar la fábula, se queda letra muerta y no interesa, y al fin el espectador ó dormita ó se aburre. Si la trivialidad y el desaliño mata, búsquese el poético realce que da vida; no se equivoque el tono de la sentencia, ahora recitando en situaciones violentas los rasgos morales tan impetuosamente como lo demás, ya

expresándolos en las vivas con gesticulaciones impropias y amaneradas; ya, por último, en momentos de apacible sosiego con afectacion y pedantería. Recuérdese la manera de declamar de nuestros antiguos: aquel endulzar la voz; aquel apagarla y avivarla oportunamente; aquellas palabras tranquilas contrastando con el fuego de los ojos y la agitacion del pecho, rezagos de la pasada tempestad del alma; aquella movilidad del rostro; aquella acentuacion delicada y sonora con que se daban á saborear los versos, y se avaloraban las frases felices y los gallardos pensamientos del poeta. Pero, ¿á qué me separo de mi intento?

La ficcion dramática es representacion hermosa de la vida humana, espejo fiel que la duplica, discreta combinacion de elementos vulgares que forman un todo nuevo, original y deleitoso. Tiene luz y sombras, colores y armonías como la naturaleza; y además ruido y movimiento como ella, para satisfacer la más vehemente necesidad del corazon: la de imitar y verse imitado. Esto es ingénito en el hombre, quien niño, se complace en remedar todas las acciones, oficios y ejercicios; mancebo, las realza con las galas de la poesía; varon, las convierte en provecho comun; y anciano, se consuela viendo los animados cuadros de los tiempos que pasaron, llenos de juventud y esperanzas. Y si en los ordinarios sucesos de la vida busca el hombre lo ridículo en lo feo y defectuoso para regocijar y alborotar el ánimo; si de las imágenes se vale cuando quiere poner en actividad la memoria, inflamar nuestra fantasía y trasportarnos á un paraíso; si prodiga las máximas de la sabiduría y experiencia, para decidir la voluntad y aleccionar el entendimiento; y sorprendiendo misteriosas relaciones ocultas entre los objetos materiales y las ideas y cualidades morales, traza el jeroglífico, inventa la metáfora y crea el símbolo, á fin de personificar soberanamente las vir-

tudes y los vicios, — de tales y tan preciosos elementos se apodera la dramática, y los dirige á provechoso fin, embriagándonos, ya con la ordenada proporcion y consonancia del metro y la rima, ya con la armonía y tersura elegante de la buena prosa.

Valiéndose de los inagotables tesoros de la naturaleza todas las artes, música y poesía calman el pecho alborotado; excita nuestra veneracion y entusiasmo la escultura; la pintura nos pasma y suspende; suavizando las costumbres, engrandecen al hombre las ciencias y las letras; pero todo esto en un solo punto es dado conseguir á la dramática. Ni la misma religion única verdadera desdeñó la representacion de los pasos y misterios; ántes bien los hubo de estimar resortes muy oportunos para mover el corazon de las turbas, para arrancar lágrimas á sus ojos, y llevar su pensamiento á los propios sitios y tiempos en que se realizaron los grandes sucesos de la redencion humana. ¡Poder maravilloso del arte, hacer que trate el hombre sin caer en la profanacion asuntos tan altos; y que príncipes de la Iglesia hallen en las representaciones dramáticas uno de los más eficaces medios de curar la lepra que va cancerando las modernas sociedades!

Nuestro Tamayo, fino apasionado de la gloria literaria, perpétuo y sagaz estudiante de la naturaleza, é infatigable apreciador de las grandes obras del ingenio, acaba de demostrar con términos nuevos una verdad vieja, más ó menos sinceramente reconocida por las escuelas todas; y viene á defender hoy con la doctrina lo mismo que durante largos años habia sostenido con el ejemplo. Efectivamente, el principal mérito de sus poemas consiste en la profunda naturalidad de los caractéres y de las situaciones, de los afectos y del estilo, produciéndose la mayor belleza en fuerza de la mayor verdad. ¿Quién no aplaude el tino con que ha sabido presentar

en la escena el desencadenamiento de pasiones violentísimas, sin llevarlas á la exageracion y al absurdo, sin que resulte jamás esclava de ellas la figura humana, y por lo mismo irresponsable de sus excesos y extravíos? Cuida, por el contrario, que se entrevea la culpa de traspasar los límites de lo justo y de lo recto, y de permitir que la pasion arrastre y subyugue el alma, á quien Dios hizo libre y dueño absoluto de sí misma. Y ¡generoso intento! procura en todos sus dramas que el hombre ciegamente apasionado, viéndose ya en el borde del precipicio, se regenere y salve por la eficacia del arrepentimiento; y que resplandezca en todos la Providencia divina, llevando los sucesos prósperos ó adversos por sendas invisibles, para prueba de la humanidad ó para su escarmiento y castigo. Los encamina aquella inescrutable voluntad en *El cinco de agosto*, á fin de que Alberta, celosa de su propia hija, olvide que es mujer y se muestre cariñosa madre. En *Angela*, reconoce aquel soberano poder el príncipe de San Mario, cuando devora sus entrañas el mismo tósigo que habia preparado para la inocencia. En *Virginia*, siente su fuerza Apio Claudio al atar el augur la existencia del decenviro á la de la vírgen desposada. En *Hija y madre*, confiésale en cabeza de madre aborrecida la hija despiadada é ingrata. Felipe el Hermoso, en *La locura de amor*, al abrigar ignoto vehementísimo cariño hácia su menospreciada esposa, cuando ve ya que apretadamente se le acaba sin remedio la vida. Y por último, Clara, en *La bola de nieve*, espantándose al considerar el cúmulo de infortunios que, por haberse hecho esclava de los celos, habia traido á la persona que amaba con mayor delirio; aceptando el providencial castigo, y pidiendo para su rival la dicha que ella no supo merecer. Léjos Tamayo de rendir el espíritu á un fatalismo estéril, despliega siempre las alas de su ingenio para contemplar desde regio-

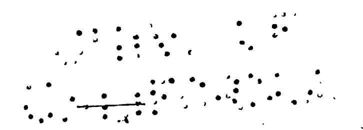
nes de luz á la divina Providencia gobernando el mundo, desconcertando á los impíos, alentando á quien pone en Dios todo su amor y confianza.

Convertida la inspiracion á tan nobles fines; la naturaleza por constante modelo, por guia los escritores más ilustres; amalgamando con la índole moderna la forma antigua, lo real con lo bello, la verdad con el arte; y apareciendo siempre el mismo y siempre diferente, ya consagre su feliz estro al regocijado alboroto de las gracias, ya á la severidad de la tragedia, ¿cómo nuestro compañero no habia de hallar á toda hora propicio el luciente coro de las musas, amigo al público, francas las puertas, y unánimes los sufragios de la Real Academia Española? Venga á robustecer sus haces en defensa de la combatida lengua castellana este nuevo adalid, cuyo entendimiento, acrisolado gusto y pocos años prometen soberanos esfuerzos; peleando al lado de esos viejos capitanes en quien se resumen nuestras más insignes glorias literarias.

Venga, hoy que tambien otro jóven apreciabilísimo, otro aventajado poeta, el Sr. D. Antonio Arnao, recibe galardon de mano de la Academia por el acierto con que en su lírico drama, que intitula *Don Rodrigo*, atiende á los fueros y leyes de la dramática, combinando con regularidad é interés grande un bello asunto popular, y salvando no pocos de los aterradores escollos que presenta nuestro idioma para satisfacer las exigencias musicales. Anhelosa esta corporacion de ver brotar en el suelo español los laureles de Metastasio y Romani, abrió certámen igual en 1840, que no dió ningun resultado: claro testimonio de lo difícil de la empresa.

Si me une con el nuevo académico antigua acendrada amistad, no es de ahora tampoco la que profeso al escritor laureado; y esto, y la satisfaccion de ambos agita y enardece mi fantasía. A ella se agolpan los recuerdos de uno y otro

providencial suceso. Vuelvo la vista al mérito que premiais, y se me representan las horas en que, falto yo de ciencia, de fama literaria, del aplauso que dan elevados puestos, el cuerpo enfermo, quebrantado el espíritu, me ví subir hasta los escaños de las dos Reales Academias de la Historia y Española. Allí, en la eleccion primera, asisto á la aclamacion del sábio y anciano sacerdote á quien siempre tuve por amigo, director y maestro, y recibo el dulce encargo de felicitarle públicamente. Aquí tambien, en las dos primeras elecciones, cábeme el gozo de presenciar la de los dos entrañables compañeros de mi juventud; y ahora en esta solemnidad la Real Academia Española me autoriza igualmente para dar la bienvenida al uno de ellos. Breve fué la dicha de aquel dia semejante al de hoy: no existe ya el hombre que guió mi corazon y me hizo amar la virtud y el estudio. ¡Oh! quiera el cielo que este mancebo generoso, que vió, como el árbol de las Hespérides, llena á un tiempo de flores y frutos la primavera de su existencia, los muestre más sazonados aun en el otoño de la vida; que triplique su larga carrera de triunfos, desoyendo los vanos y estériles miedos de que puedan deslucirse por un solo revés; y que pague, conquistando nuevos laureles, el beneficio que de vosotros hoy recibe. Así aparecerá desacreditada la comun opinion de que al hombre no mueve la gratitud, sino la esperanza.




381320
Tamayo
UNIVERSITY OF CALIFORNIA LIBRARY

